



D. C. Loux

2-48

## Del primer firmante.

### VOTO EXPLICADO

Eso del homenaje á Echegaray y lo de la protesta á él consiguiente parece ha vuelto á provocar la eterna cuestión llamada de los viejos y los jóvenes, y que tanto dió que hacer en el siglo XVIII.

En esa protesta nos hemos juntado unos cuantos escritores—porque también yo la he firmado—; pero me parece que vamos á ir explicando cada uno nuestro voto, y resultará lo que es forzoso resultar: que apenas hay dos que la hayamos suscrito por los mismos motivos. Es lo que tiene el unirse para una acción puramente negativa. Otra cosa habría sido si, en vez de concertarnos para afirmar que no participamos de la admiración general de un pueblo hacia este escritor, nos hubiéramos concertado para afirmar que admiramos á tal otro escritor, que nada tiene de popular—pues esto último es casi forzoso.

Que se deslinden campos, tomando por bandera nombres de personas y no ideas, es lo más natural, por ser lo más humano. Así es, y así debe ser. Cada hombre es una idea mucho más rica y mucho más viva que la idea que pase por más viva y más rica. Comprendemos y, sobre todo, sentimos mucho mejor á una persona que no á una doctrina. Y como de esto he escrito con alguna extensión en mi ensayo *Sobre el fulanismo*, remito á él al lector á quien el tema le interese, y prosigo.

Los admiradores del Teatro de Echegaray pueden decirnos á los firmantes de la protesta: «Está bien; vuestras admiraciones van por otro lado, ¿por qué lado van? Vuestras tendencias literarias son muy otras, ¿cuáles son?» Y entonces, ello es claro, nos iríamos cada cual por su lado y se rompería una acción común, concertada para negar, no para afirmar. Si fuéramos todos sinceros y francos—como debemos serlo—, diríamos: ¿vuestras admiraciones?, no nos admiramos mas que á nosotros mismos.

Yo, por mi parte, confesaría que estoy pronto á protestar contra todo Teatro, y que siento el más profundo desprecio ha-

cia el arte dramático. Claro está que me recreo leyendo—no viendo representar— ciertos dramas y comedias; pero es que me parecen obras literarias, escritas para ser leídas. Podrían representarse los Diálogos de Platón y hasta la *Iliada*, si apuramos un poco; pero no por eso serían obras dramáticas. Y en tal sentido no me acostumbro á ver obras dramáticas en las de Esquilo, Shaképeare, Goethe, Ibsen y algunas de Calderón que he leído; pero no he visto, gracias á Dios, representar.

En cuanto una obra despierta en escena el entusiasmo de la muchedumbre, no lo puedo remediar, me es sospechosa.

Siento el más profundo respeto y prohubo encender en mí cariño hacia cada uno de mis prójimos y hermanos en humanidad; pero así que se juntan en masa les pierdo todo respeto y se me hiela todo afecto hacia ellos.

Unas cuantas unidades valiosas hacen una corporación despreciable, más despreciable cuanto más valiosas sean aquéllas.

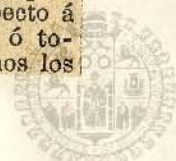
Pero vuelvo á mi tema; frente á los ídolos de las muchedumbres, ¿qué presentamos los que protestamos de esa idolatría?

Le escribía yo á Grandmontagne á este propósito que, después de haber yo predicado tanto la necesidad de una acción común, no sería quien negase mi firma á un acto que él me aseguraba podría ser el arranque de semejante acción. Pero le añadía mis temores, y entre ellos el capital, y es el de que parece no preocuparse nuestra juventud intelectual sino de cuestiones literarias.

Todo se les vuelve discutir si el escritor tal tiene más ó menos talento que el cual, si este es un congrio y aquel un genio desconocido, si el estilo ha de ser de esta ó de la otra manera. Y todo esto apenas vale una higa.

Es un efecto del derrumbamiento de los grandes ideales, del gran ideal por excelencia, del ideal religioso. Y este es, sobre todo, el que hay que renovar.

Y no se me diga que me contradigo al hablar de un gran ideal, cuando antes dije que lo importante son los hombres, no las ideas, porque mi ideal religioso se cifra y compendia en un hombre, en el hombre por excelencia, en el Cristo. Del cual reniegan no pocos jóvenes en España porque no le conocen. Ni se toman la molestia de estudiarle, ateniéndose á las superficialísimas vulgaridades que respecto á él pronuncie cualquier Nietzsche, ó tomando por genuinamente cristianos los







desvarios ascéticos de la Edad Media. Y es lo curioso que se nos vienen luego con un helenismo de quinta mano, sin saber que todo eso del odio á la carne y á la vida es de origen griego, no cristiano. Todo lo que dicen odiar en el cristianismo es lo que del paganismo se ha introducido en él, lo que lo desnaturaliza.

Pero no vale divagar, y vuelvo al tema que sirve de cuerda á esta sarta de ligeras reflexiones.

Eso del homenaje y de la protesta ha vuelto á provocar, decía, lo de los jóvenes y los viejos. Y he de repetir aquí que la tal cuestión cada vez la entiendo menos. Y como no hay cuestión alguna que no la enfilemos desde un lado puramente personal, di yo en cavilar hace ya tiempo en si soy viejo ó joven ó, mejor dicho, en si quiero ser una cosa ú otra, ya que abrigo la profundísima convicción de que ser no es más sino querer ser. Y así he llegado á la consoladora conclusión de que no soy ni joven ni viejo, ni he sido, ni seré nunca, ni lo uno ni lo otro; que no he tenido, ni tengo, ni tendré edad nunca. Y es una conclusión á que deseo llegue cada uno de mis lectores. No debemos querer vivir ni en el pasado ni en el porvenir, sino en la eternidad.

Esta última es una de esas fórmulas de las que algunos llaman místicas, y que nos ofrecen la singularísima ventaja de que cada cual pueda entenderla á su modo. Y caben, por lo tanto, en ella los más diversos estados de conciencia. Y ojalá los firmantes de la protesta—ó lo que ella sea—llegáramos á una de esas fórmulas místicas, pero no negativas, en que todos comulgáramos.

Y no se diga que las tales fórmulas carecen de contenido por no ser proposiciones lógicas claramente aplicables á casos concretos, porque encierran una tonalidad de sentimiento, un modo de sentir las cosas, que vale mucho más que no un modo de pensarlas. Si frente á aquello de que nada hay nuevo bajo el Sol digo que es todo nuevo bajo el Sol, y nuevo en cada momento de su existencia, podrá decirseme, con dialéctica hegeliana, que las dos proposiciones se identifican; pero yo diré que la una supone un estado de sentimiento y la otra el contrario.

Si tú, lector, vivieras envuelto en una como capa aérea roja y yo en otra azul, nos entenderíamos perfectamente y llamaríamos á los colores por los mismos nombres y no llegaríamos á sospechar si-

quiera que nuestras sendas visiones del mundo no divergieran; pero el rojo es un color dinámico y el azul todo lo contrario, y á ti tu especial atmosferilla roja te aumentaría la vitalidad y me deprimiría á mí la mía mi especial atmosferilla azul.

El renegar de los procedimientos literarios que le han dado á Echegaray la fama y el prestigio de que tan merecidamente goza, ¿á qué afirmación nos conduce? No cabe negar que Echegaray es profundamente castizo y que es su casticismo, casticismo que está más en el fondo que en la forma de sus producciones, lo que le ha valido popularidad.

Echegaray representa en nuestra literatura el elemento diferencialmente español, lo que distingue á nuestra literatura de las demás de Europa.

Cabría que dijese de él un casticista, en son de elogio, que es forzoso ser español para entusiasmarse con sus obras.

¿Y es acaso que los firmantes de la protesta tratamos de buscar lo que nuestra literatura tiene de común con las demás europeas, lo que con ellas la une, lo verdaderamente universal y permanente, lo humano de nuestro espíritu colectivo?

Los pueblos se envanececen y glorían, por lo común, de lo que tienen de distintivo y excluyente, que suelen ser sus defectos. ¿Pero es que no son los tales defectos el camino para encontrar las cualidades comunes en su determinación especial?

Bien está que se reniegue de la estética echegarayana; pero no para sustituirla con una estética traducida de cualquier idioma extranjero, mejor dicho, del francés, porque aquí no hay más extranjero que el francés. Unos cuantos escritores afirmamos que nuestras admiraciones van por otro lado. Me temo que las más van del lado de París. Por mi parte he admirado y admiro tanto, que mi divisa es la contraria de la del sabio. Este decía: *nil mirari*, no hay que admirarse de nada, y yo digo: *omnia mirari*, hay que admirarse de todo. Ve aquí por qué no soy sabio, ni quiero serlo, aunque muchos se empeñen en ponerme tan feo mote.

He admirado mucho y á muchos, y entre ellos á Echegaray. Lo admiraba muy sinceramente siendo yo estudiante, y entre mis recuerdos de entonces guardo el de la hondísima impresión que me produjo *La muerte en los labios*, que la ví á los dos días de estrenada.

Lo debo á Echegaray algunas de mis más hondas emociones de los dieciocho años, y es por esto por lo que me he permitido suscribir la protesta. De no haber







sido Echegaray uno de los ídolos de mis mocedades, no protestaría de sus procedimientos literarios. No tenemos derecho á predicar contra el tabaco los que nunca hemos fumado.

Respeto mucho á cada uno de mis prójimos, ya lo he dicho, y entre ellos respeto mucho al que era yo hace veintitantos años; respeto mucho á mis yos pasados. Y este respeto me lleva á no insultar creencias que fueron mis creencias y admiraciones que fueron mis admiraciones; pero me lleva á la vez á protestar de ellas. Así, á la vez que respeto á los demás y me respeto á mí mismo tal cual era hace años —y al que tanto debo, pues de él procedo—, afirmo que he vivido desde entonces y que deseo vivan los demás, es decir, cambien.

El espíritu del hombre vive de lo que fué y de lo que son los demás hombres que le rodean y con quienes vive; mi actual espíritu es hijo del que me animaba cuando lo estremecían de placer los dramas de Echegaray, y es hijo á la vez de los espíritus de todos los que me rodean, y entre los cuales admiran los más á Echegaray. Llevo, pues, á Echegaray dentro de mí, y dentro de mí llevo lo que en Echegaray haya de eterno y de humano. Y como estoy profundamente convencido de que ese homenaje es á lo otro, á lo de Echegaray que no ha entrado ni entrará, espero, jamás en mí, protesto.

Cuando tenía yo doce años hacían mis delicias las obras de Julio Verne, y su *Isla misteriosa* se me aparecía como la flor más acabada del ingenio humano.

No hace aún cuatro años intenté volver á leerlas; pero á las primeras páginas se me cayó el libro de las manos. No quise estropear mis recuerdos. Mas no por eso se lo quito de las manos á mi hijo mayor, que se traga ahora con grandísima voracidad de espíritu las obras de Julio Verne. Y mucho menos intento quitárselas cuanto que espero no las pueda resistir cuando se acerque á los cuarenta, y aun mucho antes. Yo pasé por Echegaray, y no me parece mal que pasen por él los demás, sobre todo si es para seguir adelante. No todos los frutos del ingenio humano son, como la *Iliada* ó el *Quijote*, para todas las edades, por no estar sujetos á edad alguna, y que nos recrean y consuelan desde los veinte hasta los setenta años, encontrando en ellos distintos sabores y aromas según la edad á que los leamos.

Queda, pues, explicado en parte mi voto.

**Miguel de UNAMUNO.**

